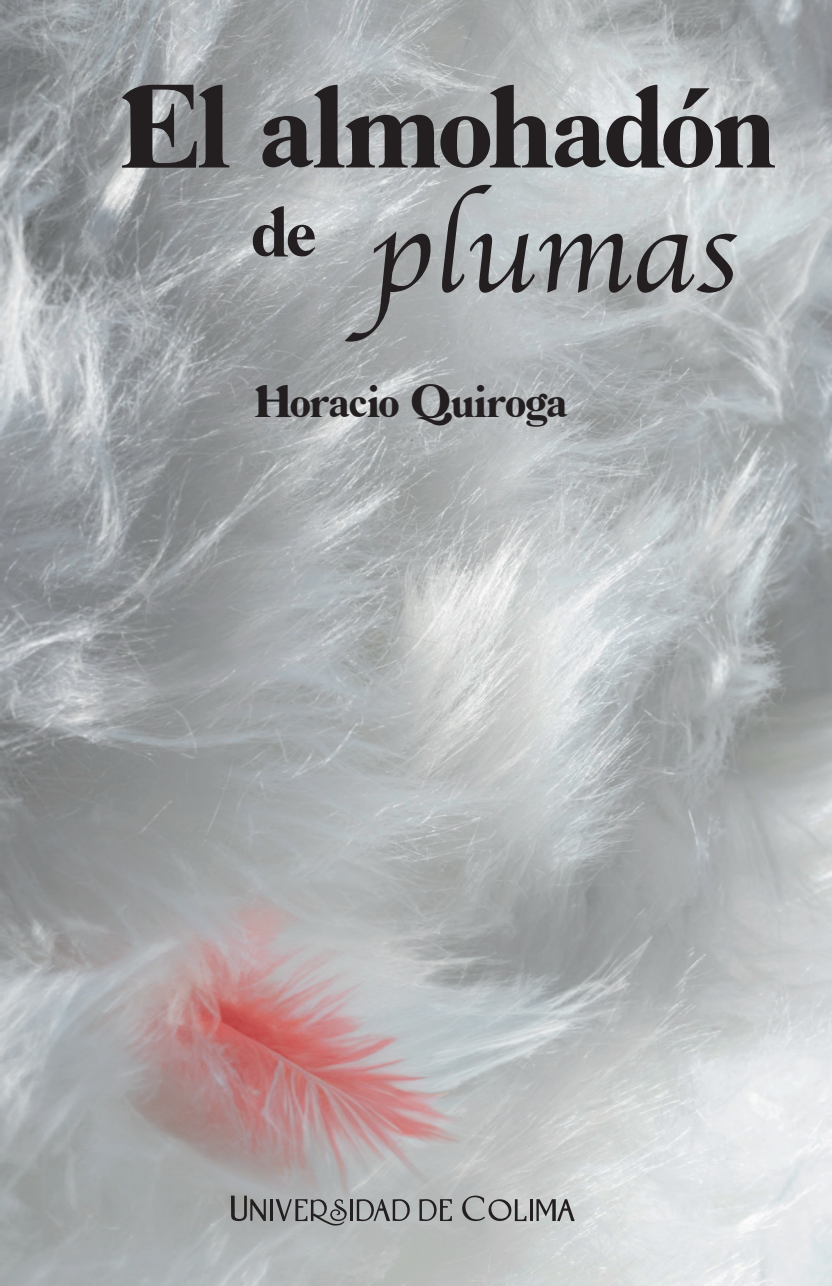




El almohadón de *plumas*

Horacio Quiroga

UNIVERSIDAD DE COLIMA

EL RAPIDÍM

Pa' leerse como de rayo

El almohadón de plumas

UNIVERSIDAD DE COLIMA

Dr. Christian Jorge Torres Ortiz Zermeño, Rector

Mtro. Joel Nino Jr., Secretario General

Mtro. Jorge Martínez Durán, Coordinador General de Comunicación Social

Mtra. Ana Karina Robles Gómez, Directora General de Publicaciones

El almohadón de plumas

Horacio Quiroga



UNIVERSIDAD DE COLIMA

©UNIVERSIDAD DE COLIMA, 2024
Avenida Universidad 333
Colima, Colima, México, CP 28040
Dirección General de Publicaciones
Teléfonos: 312 316 1081 y 312 316 1000, ext. 35004
Correo electrónico: publicaciones@ucol.mx
<http://www.ucol.mx>

5E.1.1/317000/077/2024 - Edición de publicación no periódica
DOI: 10.53897/LI.2024.0024.UCOL

Derechos reservados conforme a la ley
Editado en México / *Edited in Mexico*



Este libro está bajo la licencia de Creative Commons, Atribución – NoComercial - CompartirIgual 4.0 Internacional (CC BY-NC-SA 4.0)
Usted es libre de: Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato. Adaptar: remezclar, transformar y construir a partir del material bajo los siguientes términos: Atribución: Usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante. NoComercial: Usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales. CompartirIgual: Si remezcla, transforma o crea a partir del material, debe distribuir su contribución bajo la misma licencia del original.

This work is licensed under a Creative Commons Attribution-NonCommercial-ShareAlike 4.0 International License. You are free to: Share: copy and redistribute the material in any medium or format. Adapt: remix, transform, and build upon the material under the following terms: Attribution: You must give appropriate credit, provide a link to the license, and indicate if changes were made. You may do so in any reasonable manner, but not in any way that suggests the licensor endorses you or your use. NonCommercial: You may not use the material for commercial purposes. ShareAlike: If you remix, transform, or build upon the material, you must distribute your contributions under the same license as the original.

Proceso editorial certificado con normas ISO desde 2005
Registrado en el Sistema Editorial Electrónico PRED
Registro: OT-004-24
Edición impresa: marzo de 2015
Edición electrónica: agosto de 2024

El llamado de Quiroga

Lucila Gutiérrez Santana

El papel del escritor es hacer que el lector vea lo que él, el escritor, vio. Y lo que el escritor ve no debe ser necesariamente la realidad convencional.

RUBEM FONSECA¹

Cree en un maestro —Poe, Maupassant, Kipling, Chejov— como en Dios mismo.

HORACIO QUIROGA

Decálogo del perfecto cuentista

El 31 de diciembre es una fecha llena de simbolismos; para la literatura latinoamericana es especialmente importante, sobre todo en este 2008, pues se cumplen 130 años del nacimiento de una de las voces más desgarradas de las letras de nuestro continente, un escritor que se encuentra más vigente que nunca.

¹ Fonseca, R. (1999). *Historias de Amor & del fondo del mundo prostituto sólo amores guardé para mi puro*. Cal y Arena.

Horacio Quiroga nació en Salto, Uruguay, el 31 de diciembre de 1878 y murió por su propia mano el 19 de febrero de 1937, en Buenos Aires, Argentina. Su incursión en las letras se da bajo la protección del escritor Leopoldo Lugones, siendo la poesía modernista su carta de presentación como autor del libro *Los arrecifes de coral* (1901); sin embargo, es el cuento el género por el que se le reconoce en la actualidad.

Su vida es muy cercana a su obra, llena de experiencias dramáticas:

Siempre cercana a la estrechez económica, matrimonios conflictivos, experiencias con el *hachís* y el cloroformo y el constante cerco del suicidio alimentan su tarea cuentista, una de las más importantes de América. No le son ajenas las influencias de Rudyard Kipling, Joseph Conrad y, sobre todo, el magisterio de Edgar Allan Poe, por las atmósferas de alucinación, crimen, locura y estados delirantes que pueblan sus narraciones².

Diálogo entre lectores

—¿Y a ti cuál es el cuento que más te gusta de Quiroga?

—El del hombre que salta la cerca y termina muerto, atravesado por su machete.

² Letras de Chile.cl.

—Pero es más conocido por “El almohadón de plumas” y “La gallina degollada”.

—El de “La miel silvestre” me encanta, la marabunta y los huesos blancos.

—Sin olvidar los *Cuentos de la selva*, donde los animales hablan.

—Es un escritor que hay que leer, además de que escribió en español.

—Y que asusta a muchos, igual que Edgar Allan Poe.

Las tragedias que llenaron la vida de Horacio Quiroga se reflejaron en su obra. La muerte fue un personaje central en muchos de sus cuentos.

El maleficio de Quiroga comenzó cuando contaba dos meses de edad (1879) con la muerte de su padre al disparársele accidentalmente su escopeta. En 1891, Ascenso Bargo, su padrastro, se suicida con una escopeta. En 1902 Horacio Quiroga mata accidentalmente con su revólver a su mejor amigo Federico Ferrando. En 1915 se suicida su primera esposa Ana María Cires. También se suicida Leopoldo Lugones a quien Quiroga admiraba, y Alfonsina Storni, por quien sostuvo una profunda pasión. El 19 de febrero de 1937 se suicida Quiroga y en 1939 se suicida su hija

Egle. Años después, su hijo Darío también haría lo mismo³.

Los personajes de Quiroga se presentan siempre en movimiento, ya sea en la selva o en la ciudad (selva de asfalto). Sus protagonistas sufren la pérdida de lo que más aman, amores que se interrumpen por la muerte y personajes que caen víctimas de su descuido o de los peligros que rodean la vida de quienes conviven directamente con la naturaleza.

Algunas de sus historias, generalmente narradas en tercera persona, llevan al lector a un ambiente naturalista. Sus frases parecen sacadas de la selva misma: podemos sentir el olor de la miel silvestre y el hormigueo que produce en la lengua, casi vemos al sol dar de lleno sobre el hombre muerto y si nos fijamos bien quizá descubramos una abeja haragana o una gama ciega. Con Quiroga caminamos de la mano dentro de un bosque interminable donde la muerte es tan cotidiana como la vida misma.

En su obra podemos encontrar una negación por aceptar lo inevitable, personajes que intuyen la verdad pero la aplazan, no la en-

³ El poder de la palabra. (s.f.) epdlp.com

frentan, esta situación la encontramos en “La gallina degollada”, “A la deriva”, “El hijo” o “El hombre muerto”, con protagonistas agónicos o agonizantes.

Actores de su propia tragedia, viven en un universo confuso, donde han perdido todo, pérdidas irremediables e insoportablemente dolorosas son las que enfrentan los seres que pueblan el universo selvático de Quiroga, muchos de ellos están solos, pero no por falta de compañía: la han perdido de manera irremediable y están a un paso de la locura. Lo han perdido todo justo enfrente de sus ojos.

Quiroga es para los solos, para los tímidos, para los *darketos*, para los *punkies*, para los rebeldes, para los chicos, para los grandes, para los que tienen novia, para los que tienen novio, para los que están enfermos, para los que quieren pasar el rato entre clase y clase, para leer mientras nos toca pasar con el médico a que nos revise (y quizá entremos al consultorio temiendo que nos diagnostique una enfermedad de la selva de Quiroga).⁴

Sus cuentos son para leerlos y asustar a los hermanos pequeños, a toda la familia, para

⁴ Nota de David Chávez.

no hacer la tarea, para justificar un retraso o una llegada tarde.

La narrativa de este escritor impresiona a quien duerme sobre una almohada suave (de plumas), a quien ama los insectos, al que gusta de salir a acampar, al que juega con instrumentos cortantes, pero al mismo tiempo hace que demos un vistazo a nuestro alrededor, pensando si no es más peligrosa la ciudad y sus habitantes que una selva llena de amenazas ignotas.

Éste es el llamado de Quiroga, un llamado que sigue vigente a más de cien años de su nacimiento.

Concepción, Chile
25 de agosto de 2008.

El almohadón de plumas

Horacio Quiroga

Su luna de miel fue un largo escalofrío. Rubia, angelical y tímida, el carácter duro de su marido heló sus soñadas niñerías de novia. Ella lo quería mucho, sin embargo, a veces con un ligero estremecimiento cuando volviendo de noche juntos por la calle, echaba una furtiva mirada a la alta estatura de Jordán, mudo desde hacía una hora. Él, por su parte, la amaba profundamente, sin dárlo a conocer.

Durante tres meses —se habían casado en abril— vivieron una dicha especial.

Sin duda hubiera ella deseado menos severidad en ese rígido cielo de amor, más expansiva e incauta ternura; pero el impasible semblante de su marido la contenía siempre.

La casa en que vivían influía un poco en sus estremecimientos. La blancura del patio silencioso —frisos, columnas y estatuas de mármol— producía una otoñal impresión de palacio encantado. Dentro, el brillo glacial del estuco, sin el más leve rasguño en las altas paredes, afirmaba aquella sensación de desapacible frío. Al cruzar de una pieza a otra, los pasos hallaban eco en toda la casa, como si un largo abandono hubiera sensibilizado su resonancia.

En ese extraño nido de amor, Alicia pasó todo el otoño. No obstante, había concluido por echar un velo sobre sus antiguos sueños, y aún vivía dormida en la casa hostil, sin querer pensar en nada hasta que llegaba su marido.

No es raro que adelgazara. Tuvo un ligero ataque de influenza que se arrastró insidiosamente días y días; Alicia no se reponía nunca. Al fin una tarde pudo salir al jardín apoyada en el brazo de él. Miraba indiferente a uno y otro lado. De pronto Jordán, con honda ternura, le pasó la mano por la cabeza, y Alicia rompió en seguida en sollozos, echándole los brazos al cuello. Lloró largamente todo su espanto callado, redoblando el llanto a la menor ten-

tativa de caricia. Luego los sollozos fueron retardándose, y aún quedó largo rato escondida en su cuello, sin moverse ni decir una palabra.

Fue ése el último día que Alicia estuvo levantada. Al día siguiente amaneció desvanecida. El médico de Jordán la examinó con suma atención, ordenándole calma y descanso absolutos.

—No sé —le dijo a Jordán en la puerta de calle, con la voz todavía baja—. Tiene una gran debilidad que no me explico, y sin vómitos, nada... Si mañana se despierta como hoy, llámeme enseguida.

Al otro día Alicia seguía peor. Hubo consulta. Constatóse una anemia de marcha agudísima, completamente inexplicable. Alicia no tuvo más desmayos, pero se iba visiblemente a la muerte. Todo el día el dormitorio estaba con las luces prendidas y en pleno silencio. Pasábanse horas sin oír el menor ruido. Alicia dormitaba. Jordán vivía casi en la sala, también con toda la luz encendida. Paseábase sin cesar de un extremo a otro, con incansable obstinación. La alfombra ahogaba sus pasos. A ratos entraba en el dormitorio y proseguía su mudo vaivén

a lo largo de la cama, mirando a su mujer cada vez que caminaba en su dirección.

Pronto Alicia comenzó a tener alucinaciones, confusas y flotantes al principio, y que descendieron luego a ras del suelo. La joven, con los ojos desmesuradamente abiertos, no hacía sino mirar la alfombra a uno y otro lado del respaldo de la cama. Una noche se quedó de repente mirando fijamente. Al rato abrió la boca para gritar, y sus narices y labios se perlaron de sudor.

—¡Jordán! ¡Jordán! —clamó, rígida de espanto, sin dejar de mirar la alfombra.

Jordán corrió al dormitorio, y al verlo aparecer Alicia dio un alarido de horror.

—¡Soy yo, Alicia, soy yo!

Alicia lo miró con extravío, miró la alfombra, volvió a mirarlo, y después de largo rato de estupefacta confrontación, se serenó. Sonrió y tomó entre las suyas la mano de su marido, acariciándola, temblando.

Entre sus alucinaciones más porfiadas hubo un antropoide, apoyado en la alfombra sobre los dedos, que tenía fijos en ella los ojos. Los médicos volvieron inútilmente. Había allí

delante de ellos una vida que se acababa, desangrándose día a día, hora a hora, sin saber absolutamente cómo. En la última consulta Alicia yacía en estupor mientras ellos la pulsaban, pasándose de uno a otro la muñeca inerte. La observaron largo rato en silencio y siguieron al comedor.

—Pst... —se encogió de hombros desalentado su médico—. Es un caso serio... poco hay que hacer...

—¡Sólo eso me faltaba! —resopló Jordán. Y tamborileó bruscamente sobre la mesa.

Alicia fue extinguiéndose en su delirio de anemia, agravado de tarde, pero que remitía siempre en las primeras horas. Durante el día no avanzaba su enfermedad, pero cada mañana amanecía lívida, en síncope casi. Parecía que únicamente de noche se le fuera la vida en nuevas alas de sangre. Tenía siempre al despertar la sensación de estar desplomada en la cama con un millón de kilos encima. Desde el tercer día este hundimiento no la abandonó más. Apenas podía mover la cabeza. No quiso que le tocaran la cama, ni aún que le arreglaran el almohadón. Sus terrores crepusculares avan-

zaron en forma de monstruos que se arrastraban hasta la cama y trepaban dificultosamente por la colcha.

Perdió luego el conocimiento. Los dos días finales deliró sin cesar a media voz. Las luces continuaban fúnebremente encendidas en el dormitorio y la sala. En el silencio agónico de la casa, no se oía más que el delirio monótono que salía de la cama, y el rumor ahogado de los eternos pasos de Jordán.

Alicia murió, por fin. La sirvienta, que entró después a deshacer la cama, sola ya, miró un rato extrañada el almohadón.

—¡Señor! —llamó a Jordán en voz baja—, en el almohadón hay manchas que parecen de sangre.

Jordán se acercó rápidamente Y se dobló a su vez.

Efectivamente, sobre la funda, a ambos lados del hueco que había dejado la cabeza de Alicia, se veían manchitas oscuras.

—Parecen picaduras —murmuró la sirvienta, después de un rato de inmóvil observación.

—Levántelo a la luz —le dijo Jordán.

La sirvienta lo levantó, pero enseguida lo dejó caer, y se quedó mirando a aquél, lívida y temblando. Sin saber por qué, Jordán sintió que los cabellos se le erizaban.

—¿Qué hay? —murmuró con la voz ronca.

—Pesa mucho —articuló la sirvienta, sin dejar de temblar.

Jordán lo levantó; pesaba extraordinariamente. Salieron con él, y sobre la mesa del comedor Jordán cortó funda y envoltura de un tajo. Las plumas superiores volaron, y la sirvienta dio un grito de horror con toda la boca abierta, llevándose las manos crispadas a los bandós. Sobre el fondo, entre las plumas, moviendo lentamente las patas velludas, había un animal monstruoso, una bola viviente y viscosa. Estaba tan hinchado que apenas se le pronunciaba la boca.

Noche a noche, desde que Alicia había caído en cama, había aplicado sigilosamente su boca —su trompa, mejor dicho— a las sienes de aquélla, chupándole la sangre. La picadura era casi imperceptible. La remoción diaria del almohadón había impedido sin duda su desarrollo, pero desde que la joven no pudo mover-

se, la succión fue vertiginosa. En cinco días, en cinco noches, había vaciado a Alicia.

Estos parásitos de las aves, diminutos en el medio habitual, llegan a adquirir en ciertas condiciones proporciones enormes. La sangre humana parece serles particularmente favorable, y no es raro hallarlos en los almohadones de plumas.

El almohadón de plumas, de Horacio Quiroga, fue editado en la Dirección General de Publicaciones de la Universidad de Colima, avenida Universidad 333, Colima, Colima, México, www.ucol.mx. La edición electrónica se terminó en agosto de 2024. En la composición tipográfica se utilizó la familia ITC Veljovic Book. Programa editorial no periódico: Eréndira Cortés Ventura. Gestión administrativa: Inés Sandoval Venegas. Diseño de interiores y cuidado de la edición: Irma Leticia Bermúdez Aceves. Portada: Lizeth Maricruz Vázquez Viera.

Los relatos de Horacio Quiroga obligan a cuestionarse si lo cotidiano puede realmente llegar a ser tan aterrador como el autor lo presenta, sobre todo cuando las respuestas parecen estar al alcance y a la vez tan encubiertas. En esta historia, Alicia y Jordán se enfrentarán a una delicada situación de salud que pondrá a prueba su amor, con el difícil trance que implica ver a alguien apagarse lentamente, suplicando.



UNIVERSIDAD DE COLIMA